

## Rico a los seis

La Universidad de Chicago acaba de publicar la tesis de doctorado del economista norteamericano Jeffrey Douglas Thompson III.

Allí expone las conclusiones acerca de una experiencia de campo: en una estación de tren conoció a un niño esmirriado, de rostro agradable, de seis años de edad. Ese niño habitaba una vivienda precaria ubicada en un villorio de la zona sur del conurbano bonaerense con su madre y sus siete hermanos.

JDT III lo convirtió de inmediato en investigador asociado. El primer día los investigadores eligieron un semáforo de los más lentos en quitar la luz roja, para que el niño –a quien nombra Ernesto en forma ficticia- pidiera monedas a los automovilistas. Ernesto circulaba entre los automóviles detenidos con un pequeño trapo mugriento y hacía un gesto que podía interpretarse como una oferta de limpiar el vidrio o bien una amenaza de ensuciarlo a cambio de alguna moneda.

Se impusieron dos turnos de cuatro horas con un corte para degustar un refrigerio liviano. En el primer turno recaudaron ciento cuarenta pesos, lo que representó un promedio de un peso con setenta y cinco centavos por semáforo, considerando que el ciclo rojo, amarillo, verde, amarillo, tardaba en total tres minutos.

Por la tarde la recaudación ascendió a ciento sesenta y tres pesos, o sea un promedio de dos pesos con tres centavos por semáforo.

Al día siguiente Ernesto probó suerte pidiendo dinero en los colectivos, ofreciendo unas estampitas que JDT III le facilitó. La cosa funcionó mucho mejor. El colectivo protección de las inclemencias climáticas, eran varias las personas que podían contactarse al mismo tiempo, Ernesto estaba ahora del lado de adentro de las ventanillas, no había riesgo que niños más grandes o mas valientes lo corrieran de la esquina, ni competía contra la pena que

despertaban malabaristas, poetas, tullidos u otros artistas de variedades. Además le dejaba tiempo libre a JDT III para levantar estampitas en los distintos templos de la ciudad.

La recaudación del primer día ratificó la decisión de los investigadores de continuar la experiencia en los colectivos. Cada estampita se cambiaba por dos pesos, el tiempo calculado en subir, recorrer el colectivo dejando las estampitas sobre la falda de los pasajeros y volver a recogerlas debía ser no mayor a los seis minutos, y luego Ernesto se treparía inmediatamente a otro colectivo, en menos de un minuto, con lo que el tiempo total asignado para cada colectivo era de siete minutos, es decir unos treinta y cuatro coches por turno de cuatro horas. La recaudación del primer turno fue de doscientos cinco pesos, lo que dio algo así como seis pesos de promedio en ese turno, que se mantuvo técnicamente equilibrado con el de la tarde (apenas siete centavos más por colectivo abordado).

Con cuatrocientos diez pesos diarios, a razón de veinte días hábiles por mes, Ernesto podía redondear la suma de cuatro mil cien pesos mensuales. Ahora debía dejar su casa para evitar que su madre o sus hermanos le descontaran parte de la ganancia. También evitaría la escuela que lo obligaría a perder una cuota de su tiempo y de sus recursos en material escolar. Ernesto podría pernoctar en algún sitio gratuito destinado a tal efecto, por ejemplo en la calle, tal vez en la recova de la Avenida Alem y alimentarse requiriendo, en sus ratos libres, sándwiches en los bares del bajo.

De suerte que en un año tendrá ahorrados unos noventa y ocho mil cuatrocientos pesos.

continuará...

traducción de **Roberto GÁRRIZ**

## Siesta en el barrio cordobés

La abuela miraba siempre desde el aljibe, miraba, mientras barría, o hacia pan para untar el puchero. Nunca se preguntó el por qué, ella había tenido también las piernas cuando chica apretadas, y le había dado de comer un par de puñetazos a uno de esos animales domésticos que no hacían más que ensuciar los patios.

La niña, en el fondo, sin pensar, apretaba el rastrillo que la traería con los años, a un matrimonio feliz, después que coincidieran los animales domésticos, y los atributos del sexo con su marido.

El hecho consistía en reventar lentamente la panza, la guata hinchada de un sapo “si el sapo te mea vas a quedar ciega” escuchaba en la voz de su abuela.

-Tendré que morirme de hambre -pensó.

Mientras con la punta más filosa, apretaba contras las hojas secas, en el costado del pozo, el sapo movía sus patitas, y ella esperaba el meo, con la cara distanciada.

Si apretaba más, el sapo hinchaba sus ojos, entonces la niña comprimía lentamente sus piernas. La punta iba clavándose en la piel como los dedos de los cirujanos en el caldo reseco de sus pacientes.

El camino más largo que había recorrido la niña en su vida, fue sin duda la extensión de la piel de aquel sapo, esperar con postura el anuncio de su abuela, proponer los ojos al tiempo de la agonía, suspender el hambre para esperar la muerte, amar el ultimo momento laborioso de aquel sapo como al cadáver en el frío de plena siesta en el barrio cordobés.

**Yanina MOLINA**

## Una vez sola

De entrada me dijo que no, que dejara de hacerme ilusiones. Pero no me hacía ilusiones, nada de eso. Estaba suspendido en una espera, no importaba lo que hiciese ni lo que pudiera pensar. Esa espera me atravesaba, me sostenía fuera del tiempo. Una vez y nada más.

Pasó una eternidad antes de aquel momento en que una prenda íntima, común y única a la vez, resbaló por sus muslos y llegó diminuta a sus tobillos. Ahí estaba, contemplaba inmóvil ese pubis brillante que había intentado adivinar, incluso imaginar sobre mi propio cuerpo ocultando el sexo entre las piernas. Era muy diferente, aquel triángulo sedoso en nada se parecía a la pelambre torpe que había entre mis piernas. Murmuré su nombre, me incliné sobre su cuerpo y apoyé mis labios en su cuello. Un temblor, que respondía a su temblor,

*Ahí estaba,  
contemplaba inmóvil  
ese pubis brillante que  
había intentado  
adivinar, incluso  
imaginar sobre mi  
propio cuerpo  
ocultando el sexo entre  
las piernas.*

pareció recorrer mi cuerpo. Ahora estaba con ella, estaba en ella. Fue también una vez que quiso revocable. Ya no era posible, no me dejaba en ningún momento.

Era su nombre, bastaba recordarlo. Era su nombre lo que no me abandonaba.

Se lo expliqué y volvimos a estar juntos en una penumbra donde divisaba su silueta que caminaba por la habitación y se revelaba por un instante al cruzar por la luz de la ventana abierta a la transparencia de una cortina que parecía hecha de la misma tela que en ese momento acariciaba en la cama.

No tenía salida. Algunas veces sonreía, algunas veces me acariciaba. Pero todo ocurrió una vez, siempre una vez. Siempre la misma, una vez y nada más.

**Germán GARCÍA**

## El hombre y el lobo

molestar al animal ignorado.

-Me río de este mundo, hombre, ¿es qué nunca se río de este mundo?

-Nunca, ahora vete.

-¿Es una orden?- preguntó el lobo, y volvió a reír. Lo hacía, como quien conoce un secreto que lo hace poderoso.

-Déjame solo- dijo el anciano, ahora separando sus brazos de las piernas y sacudiéndolas con ademán de desprecio.

-No me iré a ningún lado, hombre. He vagado demasiado por este desierto, bajo el sol abrasador, buscando algo que ya he olvidado hace horas. No sé si era carne, o sombra para recostarme. En cualquier caso, no dudo que he encontrado las dos cosas.

-¿Entonces seré tu comida? ¿Es sólo eso?

-¿Te parece poca cosa, hombre?- preguntó el lobo- Hay destinos menos prósperos. ¿Es posible que te defiendas?

-Ya no tengo muchas fuerzas. Los años y este desierto ya me han comido mucho antes que tus dientes. En otra época hubiera peleado contigo y no te encontrarías en este posición de zozobra.

El lobo lo miró desafiante.

-Pobre anciano. Así es como declina un hombre, aferrándose a sus últimos días, luciendo cabellos blancos y recordando su pasado como si fueran relatos que otros le han contado. Aprende de mí, que vivo la eterna vivencia del instante.

-No puedo hacer eso. No soy un animal.

-¿Qué te hace diferente a mí, hombre? Comes, respiras, y al morir vuelves a la tierra. No somos tan diferentes. Ahora serás mi alimento, como otros animales fueron los tuyos.

El anciano pareció no escuchar las últimas palabras y se miró las manos como si escondieran una revelación.

-Me matarás creyendo que matas a todos los hombres- dijo sin dejar de mirar sus dedos huesudos. –En ese error residen nuestras diferencias.

El lobo, que acaso sintió una ofensa, se acercó con vehemencia al anciano y comenzó a desgarrarle la piel.

**José Ignacio ALONSO**

## Acoso intelectual

Es una invasión. El teléfono suena a todas horas y siempre es el mismo número el que aparece en la pantallita. Las primeras veces no sabía muy bien de qué se trataba y atendía. Me decía que sería muy bueno para “pulir tu estilo un poco desprolijo” y conseguir “entrar al mundo de la literatura por la puerta grande”. Yo admito que no soy un detallista y que cada tanto se me puede escapar una barbaridad. Pero hago esto por hobby, como otros van a jugar a la pelota, o se juntan con los amigos para hacer partidos en la Playstation. Traté de hacérselo entender, pero no fue posible. Me escuchaba un rato en silencio y después me recomendaba que leyera tal o cual libro.Me aconsejaba que abordara temáticas, estilos. Me llegaban mensajes al celular diciendo “¿probaste escribir un cuento policial?” o recomendando una novela de novecientas páginas de un colombiano que yo no conocía.

El otro día puse un aviso para vender el auto y ni bien apareció publicado, recibí su llamado para criticar el texto. “Me parece que deberías intentar con algo un poco menos trillado que ´papeles al día´. Algo como ´burocracia actualizada´ podría quedar mejor”. Ahora no contesto el teléfono y dejo que atienda el contestador. “Hola, te llamo por lo de las clases...¿ya lo pensaste?. Tengo un huequito mañana a las cinco y media si te interesa”. Pero no, yo no quiero tomar clases con Ferro.

**Mariano QUINTERO**



## Cómo dejé de preocuparme y aprendí a amar los géneros

*para Max*

Los géneros (menores, mayores, populares, pictóricos, literarios) suelen ser una fuente siempre inagotable de placer intelectual. No radica este placer en la sensorialidad (ver la evisceración de un adolescente, leer la destrucción del mundo, sentir la restauración del orden universal en el beso de los amantes reencontrados), aun si ese es uno de los motivos principales por los que los consumimos géneros.

Pero esos placeres son notablemente literales, refieren a la factura específica de uno u otro texto y pueden, por lo tanto, disfrutarse por fuera de sus constricciones genéricas. Por el contrario, el placer específicamente genérico es un trabajo de puesta en relación, el descubrimiento de un mismo paradigma y la relación tensa que toda actualización mantiene con la historia de sus formas.

De ahí que el placer específicamente genérico sea siempre una cuestión de detalle, de variación mínima de lo que para otros lectores suele ser igual a sí mismo. La admiración que muchos tenemos por una película como Duro de matar (1988) radica menos en el hecho de que el héroe termine imponiéndose sobre los malos (cosa que, por supuesto, también disfrutamos), que en el hecho de que el líder de los ladrones sea un hombre con extraordinario sentido del humor. Esas variaciones, claro, constituyen el corazón de la lógica genérica y su despliegue sólo puede ser percibido en el tráfico constante con esa lógica degradada que llamamos “cine de acción”.

Si se lo piensa de este modo, un género es un campo subjetivo de operaciones, un complejo sistema de remisiones y

## Cóctel

La dejó pasar. A ella, a su mujer. Que tenía vaya a saber qué coctel a la salida del trabajo y necesitaba usar otra vez el baño esa mañana. Entró apurada, apretando en el puño cerrado el estuche de las lentes de contacto y el de los maquillajes, al mismo tiempo sujetando la toalla en la cabeza y un cigarrillo con la ceniza suspendida, ella también, sí, la mujer, como en el aire, con el secador de pelo o la planchita, sin rozar siquiera la puerta.

Él volvió a la habitación, entonces, con la afeitadora, dispuesto a usar el espejo de la cómoda. Pero ella, que se lo imaginó perfectamente, parado frente al espejo con la boca estirada hacia un costado, la cama de fondo, reflejada, revuelta por el apurón de la mañana y el nerviosismo del día por delante, le gritó: andate al lavadero, mejor, que voy a necesitar el cuarto para cambiarme.

A él también le vino la imagen de ella, con el vestido y el saco esperando tendidos sobre la cama desarmada. El saquito coral apenas caído sobre los hombros, la sonrisa demasiado ancha, y el vestido claro dejando ver su escote de piel tersa y tostada, que algo de mimbre siempre le trae a la cabeza y a la punta de los dedos. De sus dedos. Sólo a los suyos.

Ella farfulló quiénes irían, dónde, con el aire soplando contra un broche que sostenía con los dientes, qué pesado una reunión tan tarde, estos compromisos... ¿En serio no querés el auto? No, de verdad no, le dijo ella. Salió él en el auto, hacia el trabajo, pero no pudo evitar seguirla, investigarla, el que busca encuentra se animó, y también se advirtió, el que sabe, sabe.

Un sol laminado se había adherido a las calles, a los barnices de los objetos, a las cabelleras tal vez algo rígidas de las personas (se negó a llamarlas transeúntes, le pareció una palabra difícil para usar temprano). El verano marchaba ya sin fuerza, frenando un irse incierto, a veces cálido. Brillaba descolorida la mañana. Sin embargo refulgió el coral entre los árboles de su mente, la tersura del mimbre rasgó su hábito de pensar la nada, es decir, de pensar todo antes de tiempo, aquello que de tanto temer que suceda termina en condominio con el deseo más intenso. Tanto esmero puso en imaginarla, sorprendida, lejos, ocupada con los otros, yéndose, que cuando apareció delante de él tuvo que frotarse la frente como si estuviera tratando de salir de un mal sueño. Pero ella –sólo ella- estaba ahí. El pelo lacio, recto, tan callado como su boca, y él, tal cual se lo esperaba, con la mano cruzando el rostro para generar un tabique tras el cual apoyar el ojo, la mirada que cubre y que descubre. Que sea la última vez que me seguís, oíste, por qué no me creés, hasta cuándo, claro que la oía y se felicitaba por haberla atrapado, hacer que regresara, tenerla de nuevo, otra vez para siempre.

## Perrada

Ocho perros fueron los que tuve. Consecutivos o paralelos. Todos eran guachos, con morfologías y tamaños inusuales, salvo un salchicha que me regaló una novia. Cultivó poco tiempo el físico por el que se reconocía a su raza. Comía todo el día, cualquier cosa, y siempre parecía hambriento. Cuando terminaba con su alimento, gorroneaba junto a la mesa; entonces ponía la cara más triste del cosmos. Luego les robaba a los otros perros y animales de la casa, incluso al hámster. Por último, bebía el agua de los camalotes de mi madre, y acompañaba los tragos con hormigas negras que crujían entre sus dientes. Los veterinarios nos dijeron que con esa obesidad podía llegar a tener problemas con su columna vertebral; nunca los tuvo. Un buen día, dejó de caminar; la

transformaciones cuya entidad sólo puede concebirse al costo de una precaria (porque siempre hay un texto más en el género, su estructura es siempre la del exceso) pero altísima abstracción. Cierto es que la teoría del siglo XX nos ha enseñado que toda discursividad construye discontinuidades y que nunca es el sujeto mismo que conocemos en “la vida real” el sujeto que escribe. Y sin embargo, nuestra experiencia cotidiana suele anclar el estilo de un autor en la subjetividad y el campo de operaciones que define al estilo en una psicología (Hitchcock se explica por su catolicismo, Borges por su pertenencia de clase).

Nada de esto sucede con los géneros. Sin origen, producto de una cesura que los presenta constituidos, los géneros son siempre el trabajo de una comunidad entre lectores y artífices, un conjunto de textos desde siempre sin autor. Siempre será pertinente, pues, una cierta lectura genérica, porque el pensamiento genérico es siempre el pensamiento de la diferencia sin origen, del paradigma que excede al sintagma, de una potencia definida en el azar de su actualización presente.

No sorprende entonces la atención a los géneros que puede encontrarse en todos los grandes estilistas modernos y contemporáneos: Flaubert, James (quien señaló que “los géneros son la vida misma de la literatura”), Brecht, Borges, Calvino, Godard, De Palma, Breton. Todos ellos pensadores de lo genérico, de la imprevisibilidad en la que la escritura de la comunidad se cruza con la fuerza brutal de la historia.

**Ezequiel DE ROSSO**

# ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año V - Julio 2011 - Número 60

Muestra gratis

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

## Las enseñanzas de Pinocho

Se supone que la infancia es ese lugar, resguardado, al que volvemos. Un refugio sagrado, un espacio feliz, ya que su evocación, afirma Salvador Elizondo, intenta reactualizar ese mundo “mediante la concreción del recuerdo de las sensaciones experimentadas durante ese período.”

Evocación necesariamente incompleta, y por ello, nuestras vueltas a la infancia, son siempre una suerte de pasado *polaroid*. Correteábamos libres en plazas mientras el sol se colaba por las copas de los árboles otoñales; nos ensuciábamos con chocolate la ropa de domingo, porque ensuciarse hace bien; patinábamos desafiando al viento en las veredas infinitas de la cuadra, en la que los raspones no dolían; y así, de alegría en alegría llegamos a ser los adultos de bien que somos hoy.

Esto se debió a que nuestra infancia estuvo acompañada de múltiples espacios interconectados de formación: la maestra a la que debimos obedecer sin cuestionar; el club al que fuimos enviados a ser entrenados, las películas que fuimos llevados a ver que nos enseñaron los valores que hoy profesamos y defendemos.

Esas acciones son las que compartimos con nuestros hijos cuando los ponemos frente a nuestra infancia, cuando los ponemos frente a, por ejemplo, *Pinocho* película paradigmática...

Pinocho es un muñeco especial, qué duda cabe. El argumento lo rodea de un padre

putativo, de amigos animales, de objetos que cobran vida, de un Hada Azul, y de Pepe Grillo que asume la tarea de ser la conciencia del muñeco. En esa tarea, Pepe, fracasa una y otra vez, ya que nunca está en el momento en que Pinocho debe decidir.

Así y todo, el conflicto se produce recién cuando el lignario protagonista se deja influenciar por las malas compañías, demostrando que su voluntad no es de hierro. Tremenda cantidad de recursos invertidos no pueden evitar que el más ramplón de los obstáculos haga tropezar a Pinocho.

Finalmente, después de todas las peripecias el premio ofrecido es convertir al muñeco en un niño de verdad. ¿Qué clase de premio es ése? Niño normal criado en una familia monoparental, con un padre anciano, depresivo, de escasos recursos y –al cabo de la película- en medio de una difícil recuperación de una neumonía.

Acaso la enseñanza que deja la película es que si bien la vida puede enfrentar a un niño con enormes dificultades, también puede que lo compense con la amistad de un hada poderosa y que se le otorgue una conciencia frágil.

Así pues, parece que la infancia es el recuerdo de algo que no existió, una evocación que nos hace sentir seguros y protegidos...

**Roberto GÁRRIZ y**

**Mónica KIRCHEIMER,**

desde la carpintería en la que los milagros

pueden suceder.

## Paredes

Una mañana se animó y se largó a atravesar la pared pero antes de salir del otro lado se detuvo y miró. Y resulta que lo que vio al interrumpir el traspaso no fue sólo negro, vio el ladrillo, el cemento, las capas de yeso y pintura. Caminó de perfil dentro de la pared y se concentró en percibir el material rozándolo por dentro. Sin dejar de avanzar -iba del comedor al baño y del baño a su habitación, alzándose, reptando por sobre los marcos de las puertas, sin abandonar la pared- llegó a otros departamentos, bajó varios pisos, subió. Y entonces lo asaltó la duda e intentó darse cuenta de qué era lo que se iba desvaneciendo, si su cuerpo o los ladrillos, qué cedía y qué se sostenía firme, ¿o era toda la materia diluyéndose? Deseó que fuera la pared la que se estaba ablandando por algún motivo, de ser así le avisaría a otras personas: fijate si con tus paredes también pasa, probá con una mano, no intentes pasar la cabeza primero por las dudas... Cuando quiso darse cuenta ya estaba fuera del edificio y se movía con la agilidad de una lagartija por debajo de las baldosas de la vereda y del asfalto, percibía en la espalda una leve presión al paso de otras personas, de las

**Yanina BOUCHE**